

# *Los mismos malvados de siempre*

## *Una teoría de las teorías de la conspiración*

PEPE TESORO

*Círculo de Bellas Artes,  
Madrid, febrero 2024, 224 páginas*



### I. Presentación general de la obra

La obra que tengo el placer de reseñar es la ópera prima del filósofo Pepe Tesoro, *Los mismos malvados de siempre. Una teoría de las teorías de la conspiración*. Este libro nos sumerge en el universo conspiranoico abordando su aparición y auge desde una perspectiva epistemológica, política, socioeconómica, histórica y desde la cultura popular. Su objetivo principal, tal como afirma, es el de superar las visiones reduccionistas y estigmatizadoras de la figura del conspiranoico, y adentrarse no sólo en el análisis de aquellos discursos, sino en sus causas y sus consecuencias políticas, para así hacer una lectura del presente. Es

por lo tanto una obra que, a través de su lectura social y política, proyecta en estos discursos narrativos los síntomas de una sociedad moderna que vive en la impotencia, tanto epistémica como práctica. No estamos ante un libro únicamente especulativo o descriptivo, ante una obra neutral. Estamos ante una obra políticamente comprometida y reivindicativa, concebida por el autor como “una lucha contra la

inconsciencia e inoperancia de quienes se niegan a acatar la complejidad del mundo en el que vivimos” (p. 16), y por ende, de quienes niegan toda práctica real de su transformación. El autor lucha contra la perspectiva colapsista y derrotista, contra las metanarrativas del fin del mundo, que entorpecen cualquier intento de entender los procesos materiales de la realidad y de poder cobijar cualquier principio de esperanza. Es un relato contra el pesimismo y el fatalismo. Asimismo, este libro incorpora de forma muy pertinente y lúcida la cultura popular, y en especial el mundo del cine, a la hora de analizar y abordar el fenómeno de la conspiración, tanto en la representación ficticia que de esta hace, como en la alimentación y normalización de la lógica conspirativa a través del entretenimiento.

Comprender el fenómeno de la conspiración y los mecanismos discursivos de la lógica conspirativa es una tarea de vital importancia, puesto que no se pueden dejar de lado a la hora de comprender algunos de los grandes fenómenos históricos, pero sobre todo a la hora de hacer lecturas sociales y políticas de nuestro presente. Y es que, hoy en día, estas narrativas penetran cada vez más, ya no sólo en las capas sociales, sino también en ciertas esferas políticas, encontrándose influencias de determinadas teorías de la conspiración en los recientes movimientos políticos nacional populistas (p. 198). Los datos son preocupantes, pero sobre todo sintomáticos, y nos muestran hasta qué punto la lógica conspirativa ha impregnado el imaginario político de la sociedad. Y es que, (sin pretender forzar analogías ni asimilar los distintos fenómenos históricos) a día de hoy, y al igual que ya ocurrió a principios del siglo XX, tal ficción se ha implantado política y socialmente, traspasando el umbral de la *patológico* para convertirse en *lógico* (Gallo, 2019).

El libro que nos disponemos a presentar, ameno (tanto en su tamaño como en lectura) pero conceptual y filosóficamente rico y complejo, está dividido en ocho capítulos, a los que habría que añadir una introducción y un epílogo. La introducción y los dos primeros capítulos van a servir como marco teórico para entrar, posteriormente, en las teorías de la conspiración de forma más concreta. Así pues, en esta primera parte del libro el autor va a partir del concepto de figuración política y de mapa cognitivo, así como de su interrelación y codeterminación con los procesos y estructuras materiales de la sociedad en su fase capitalista actual. Los capítulos 3 y 4 proceden a dar una primera definición de la teoría de la conspiración apoyándose en la historia e ilustrando su evolución, desde una lectura propiamente política a una lectura totalizadora de la realidad y de la historia. El capítulo 5 plantea una crítica y un matiz a la noción de mapa cognitivo del pobre y plantea el problema de la información y conocimiento en la lógica conspirativa. Los capítulos 6 y 7 abordarán este análisis de la conspiración como batalla tecnológica por el conocimiento y presentarán nuevas formas cada vez más complejas, enrevesadas y pesimistas de

la conspiración, conectadas con la tecnologización cada vez más importante del planeta. Asimismo, el autor comenzará a dar pinceladas de la naturaleza del éxito de la representación de tales teorías. Finalmente, en el capítulo 8 y en el epílogo, Tesoro ultima sus tesis, analizando la actitud que se tiene ante la ficción conspirativa, y conectándolo con lo que subyace durante toda la obra: la crisis de la figuración política y el abandono de todo utopismo y ficción transformadora.

Si bien es imposible dar cuenta de toda la riqueza de la obra, me propongo, a continuación, abordar ciertas tesis que me parecen interesantes, originales, y de gran relevancia en la actualidad.

## II. Figuración política y mapa cognitivo del conspiranoico

Una de las primeras grandes tesis del libro es, como ya decíamos, superar la visión reduccionista del conspiranoico. No sólo va a establecer una lectura subjetivista del individuo que se adhiere a tales creencias, sino que va a establecer en mayor medida una lectura política y social de la realidad, de la modernidad. Y es que, como todo fenómeno, la conspiración no se puede tomar desde un punto de vista aislado o parcial, sino que ha de ser llevado a un análisis de la totalidad. Lo que va a interesar no es tanto el contenido de tales conspiraciones o el análisis psicológico del individuo, sino la realidad histórica, social y económica que posibilita el surgimiento y proliferación de las teorías de la conspiración, enmarcándolas en una crisis de la representación política. Se trata de desmitificar esa imagen del conspiranoico que a menudo se nos suele ofrecer desde la cultura popular, ya sea presentándolo como un *bicho raro*, aislado, bajo una perpetua sensación de paranoia, “con un gorrito de aluminio y las paredes de su casa repletas de recortes de periódico” (p. 36), o ya sea desde una forma de condescendencia. Contra esto escribe Tesoro, contra la tendencia a considerar la conspiración como una “enfermedad mental, triste y aberrante” que podría suprimirse “mediante la prescripción de la mediación adecuada” (p. 98). Se trata también de ofrecer un análisis en el cuál la cuestión científica no agota el problema.

El marco propuesto por el autor parte del concepto de epistemología o *figuración política*. Los individuos de toda sociedad política no sólo viven y están sujetos a una cierta realidad y ciertas leyes, sino que tratan en todo momento de representárselas. Tener una visión total de la realidad es algo prácticamente imposible, en cualquier fase histórica, ya no sólo por su imposibilidad debido a la desconexión y discontinuidad entre las múltiples partes formales de esta, sino también porque nuestra visión y concepción de tal realidad está determinada e impregnada por nuestra

condición subjetiva y nuestros propios intereses. En el análisis de esta obra subyace siempre de fondo la dimensión ideológica de la lógica conspirativa. Asimismo, entender todos los procesos materiales que configuran las estructuras de la realidad tiene un alcance limitado al no disponer de las herramientas necesarias para ello. Sin embargo, como decíamos, este intento de representación está siempre presente en nuestra disposición ante el mundo: necesitamos ofrecer una visión de él para poder actuar, para orientarse, y justificar nuestras acciones. Así pues, el autor va a definir como figuración política el estudio de la representación que los individuos tienen del funcionamiento general de las sociedades en las que viven (p.32). Esta representación del mundo, como decíamos, es inaccesible (y aún más, como se verá, en la fase histórica actual), lo que hace que esta figuración de la realidad social presente una dimensión no sólo epistemológica en su sentido estricto, sino estética, a través de estructuras alegóricas, simbólicas, ficticias, “englobando todos aquellos dispositivos y herramientas virtuales, perceptivas y narratológicas, pero también conceptuales, que nos permiten recibir y expresar esas realidades inaccesibles” (p. 35). Asimismo, los individuos, a la hora de representarse el mundo y su sociedad, tienden a responder también a una pregunta universal: el *problema del mal*. Es el objeto clásico de la teodicea, una rama de la teología natural (pero que desborda la propia tradición religiosa) que se centra en el origen y explicación de la existencia del mal. Este intento de representación de la totalidad, que incluye no sólo su dimensión científica, sino también su dimensión “espiritual” y su disposición práctica ante el mundo, es lo que el autor denominará, movilizándolo a Fredric Jameson, como mapa cognitivo. El uso de la noción de mapa es interesante puesto que no sólo presenta un intento de representación de la totalidad, sino que presupone también el uso práctico, pragmático, simplificador y manipulador que puede poseer un mapa, ya que su fin es la orientación y no solamente la fiel representación.

La crisis de la figuración política se ha acentuado en las últimas décadas debido a la evolución compleja de las sociedades. Varias causas pueden ser señaladas. La primera y más importante, partiendo de un análisis materialista, se refiere a los cambios operados en la infraestructura económica de la sociedad actual, es decir, a los cambios afectados al modelo de producción capitalista, que repercuten sobre todas las esferas políticas e ideológicas. Siguiendo a Jameson, vivimos en un estadio histórico particular del capitalismo, en una fase avanzada del mismo en donde su extensión por todo el planeta y su destrucción de ciertas barreras y fronteras han complejizado el mundo de forma importante; han hecho de la sociedad global, del sistema económico y de las dinámicas políticas un objeto inabarcable. Esto repercute asimismo en la dificultad de la búsqueda del centro de poder, lo que Tesoro ilustra de forma muy pertinente a través de la metáfora del castillo de Kafka, repre-

sentando lo que denomina como “teología negativa del capital” (p. 49): el centro falta, pero nunca podemos dejar de buscarlo o presuponerlo. Este problema será muy importante ya que en el mundo globalizado de hoy, falta la percepción de un centro neurálgico del poder. Presuponemos ese poder, pero no lo asimilamos, no lo encontramos, no vemos más que sus sombras. Hay una necesidad de encontrar una forma de poder capaz de superar el carácter impersonal de la dominación del capital. Hay una necesidad de identificar y exigir responsabilidades. Esto está intrínsecamente conectado con el problema del mal al que aludimos: ¿Cómo explicar el mal, el sufrimiento, las injusticias y desigualdades, a quién responsabilizar de ese mal, si no tenemos acceso a una representación mínimamente adecuada del centro de poder? Cuanto más insoportable se nos hace la realidad, cuantas más injusticias y más males percibimos, menos representación del mundo, según los cánones tradicionales, tenemos. Y es que, ¿podemos afirmar que existe todavía un centro neurálgico del poder? La respuesta a esta pregunta (y quizás la necesidad de su creencia) determinará de forma importante la proliferación de las ficciones conspirativas, quedando enmarcadas en lo que Tesoro evoca como una concepción tradicional y obsoleta del poder de Max Weber (p. 62).

Estos problemas de la figuración política, unidos a otros factores tales como la deslegitimación de las instituciones, la corrupción de los partidos políticos, o la descomposición de los canales tradicionales de información, han hecho que cobren sentido las teorías de la conspiración. El autor, de nuevo movilizándolo a Jameson, afirma que la conspiración es el “mapa cognitivo del pobre” (p. 43). Esta expresión será sin embargo matizada empleando la referencia a la pobreza no tanto en un sentido económico, y por tanto clasista, sino en cuanto pobreza epistémica, de aquellos que tienen un acceso pobre a la información. Sin embargo, esta dimensión epistémica en su estricto sentido no agota el problema. Aquellos que poseen una riqueza epistémica no poseen necesariamente un mapa cognitivo más rico, más fiel a la realidad. Lo que diferenciaría a unos de otros sería también una cuestión de clase, en cuanto a la necesidad de figurarse la acción política. Y es que, como afirma el autor, “una situación de relativa comodidad y estabilidad social disminuye la necesidad de la acción y práctica política, y por tanto, también la de entender y representar las dinámicas de poder que nos condicionan” (p. 145). Este matiz, como se verá, va a ser muy importante en el resto del análisis.

Por tanto, ante este sistema cada vez más complejo, ante la ausencia de un centro de poder claro y distinto, y ante el siempre presente (y quizás cada vez más) problema del mal y de las injusticias en nuestras sociedades, las ficciones de la conspiración ocupan su espacio y proliferan, intentando dar respuesta a estos problemas, intentando obtener una representación del mundo en la que poder darle un senti-

do, pero en la que poder del mismo modo darse un sentido y orientación práctica. Creo que esta concepción del *sentido* ha de referirse también a su acepción vital, existencial, al sentido individual que todo individuo busca encontrar. Esta cuestión, si bien mencionada por Tesoro, no parece tener un peso considerable en su análisis, más enfocado en el aspecto ideológico y en su disposición política práctica. El individuo conspiranoico busca no sólo una explicación del mundo, sino también una suerte de reencantamiento, de mitificación del mismo, en plena *crisis de sentido*, en plenos procesos de secularización. Busca darse nuevos ropajes. Esta dimensión simbólica, individualista, no es anodina, basándonos en las consecuencias de un proceso cada vez más radical de desintegración de los lazos humanos provocados por las propias dinámicas del capitalismo, que *desnudan* al individuo. El historiador Johann Chapoutot, desde esta perspectiva, asimila el conspiracionismo a una función que tienen también las grandes ideologías (los ismos modernos), en cuanto que no se pueden entender unas y otras “sin tener en cuenta esta dimensión, esencial, de donación y dotación de sentido, tanto a la existencia colectiva, como a las existencias individuales” (Chapoutot, 2021, p. 36). Esta dimensión más personal es mencionada también por Tesoro ante la figura del terraplanista, a quien sus consideraciones cosmológicas pesarán menos que su sensación de pertenencia social, de haber encontrado un sentido, una comunidad, un nuevo tejido social y existencial.

### III. Conspiración, Historia e historicismo

Tesoro conceptualiza la conspiración como la conjunción de dos elementos esenciales: intencionalidad y opacidad, racionalidad y secreto. La conspiración sería el objeto de una organización racionalmente estructurada, con un objetivo ilegal, clandestino (y a menudo maligno) y empleando para sus fines particulares toda clase de medios tales como el engaño, el secreto y la manipulación (p. 88-90). La lógica conspirativa ha estado históricamente presente en la imaginación política. Y es que, “si la política se define en múltiples ocasiones por la solidaridad polémica entre unas facciones y otras, la conspiración parece un elemento imprescindible” (López, 2022, p. 79). Tesoro lo va a ilustrar con múltiples fenómenos históricos, entre los cuales se halla y sobresale el caso de la Revolución francesa. Las ficciones de la conspiración logran extender su influencia en momentos de grandes crisis y de transformaciones sociales a gran escala. Eso es lo que pasó durante la Revolución francesa, que supuso un traumatismo físico, psicológico y social mayor para las élites del Antiguo Régimen, quienes denunciaron (a través de, entre otros, Burke) la Revolución como un complot masónico contra la religión. A su vez, los revolu-

cionarios, una vez asentados en el poder, responsabilizaron de los males de la nueva República a resultados de diversos complots. En este sentido estamos ante una forma específica, *local*, de la ficción conspirativa. Nos situamos en una parte limitada de la realidad social, en el terreno político en su sentido estricto, donde la conspiración formaría parte de la misma política. Sin embargo, y esto es lo interesante, esta forma concreta de la conspiración como “lectura política evoluciona hasta nuestros días a una forma de lectura de lo real (...), una lectura de la historia misma” (p. 95). La conspiración se universaliza, se totaliza. Hay una inflación de la lógica conspirativa a medida que las sociedades se van haciendo más complejas, que se van transformando de forma más rápida y traumática, y los fenómenos políticos no pueden ya quedarse restringidos en su ámbito y explicación local. Así pues, esta lógica ha ensanchado de tal modo su influencia y dominio “que no sólo supone una explicación de los juegos de poder en el interior de un tejido institucional concreto, sino que se extiende a la determinación de todo fenómeno histórico particular” (p. 106), otorgándole un sentido, una intencionalidad oculta, y rechazando tanto los efectos perversos como el azar. Hay una afirmación subyacente de que todo está conectado con todo, de que todo acontecimiento responde a una voluntad ordenadora frente al caos. Hay una continua eliminación de la dialéctica, de las contradicciones. Tesoro va a evocar tanto el gran mito de la conspiración illuminati como el mito de la conspiración judía mundial que tanto éxito y apoyo tuvo, desgraciadamente, en el siglo XX (y que tiene en la actualidad, observa el autor, ciertas similitudes con la teoría del nuevo orden mundial). La dinámica de la obra nos hace relacionar siempre la evolución del conspiracionismo con la evolución de la realidad social y material. Cuando menciona por ejemplo el texto de *Los protocolos de los sabios de Sión*, afirma que “es un excelente testimonio de las mutaciones que sufrió la lógica conspirativa en relación con los profundos cambios y transformaciones que estaban aconteciendo en la sociedad moderna” (p. 111). En efecto, el antisemitismo se extendió particularmente por los núcleos sociales anti ilustrados, anti modernos, que son los que sufrieron dramáticamente las consecuencias de la modernización y secularización. Por ello también comprendemos que fue en el siglo XIX cuando se multiplicaron las teorías de la conspiración.

Cuanto más complejas y globalizadas son las sociedades, más complejas y universalizadas son las teorías de la conspiración, como ya se ha dicho. El autor lo volverá a mostrar a lo largo de la obra con otros tipos modernos de conspiración, ya más enrevesados, complejos y pesimistas, relacionados con el submundo y la paranoia de la tecnología y del mundo cyberpunk, en el que se refleja un cierto horror cósmico y un cierto pesimismo que será sintomático de la crisis de la figuración política actual. Estamos por tanto ante un argumento historicista en cuanto

que la complejidad formal de las teorías de la conspiración están intrínsecamente relacionadas con la complejidad que ha alcanzado el sistema económico actual, las formas de poder y de gobierno, y por tanto la representación de las dinámicas de la existencia. Sin embargo, no responde únicamente a una simple evolución de las sociedades. Como se muestra en el libro, y como hemos ilustrado anteriormente, hay coyunturas de naturaleza histórica, pero de aparición puramente sincrónica. Esto quiere decir que la popularidad de tales teorías sólo pueden ser explicadas, no solamente por la complejidad de la representación epistémica del mundo, sino a través de su interrelación con “momentos de extrema necesidad y cambio repentino ; en resumen: en momentos de crisis” (p. 140). Así entendemos cómo las ficciones conspirativas fueron el instrumento de representación de muchos grupos oprimidos, o cómo proliferaron en momentos sociales y políticos tan traumáticos, ante una falta de explicación e imaginación política. Cuando lo raro y lo perverso abunda, es inevitable que toda sociedad se imagine sus monstruos. Hay una gran dependencia entre la ficción conspirativa y la impotencia práctica ante situaciones traumáticas que nos desbordan, tanto en su comprensión como en su resolución. Esto lo subraya también Chapoutot con una fórmula que me parece interesante a este respecto. Afirma que “el complotismo se aparece como la tentación permanente y el refugio psíquico de los *perdedores*, expresando el doble sentimiento de revuelta y de impotencia, reconfortándoles y respondiendo a una necesidad cognitiva mediante la identificación de un principio o entidad general” (Chapoutot, 2021, p. 217). Sentimiento de revuelta, de inconformismo, pero sentimiento, en el fondo, de impotencia.

Hay, a lo largo de toda la obra, una tensión siempre presente entre la verdad y la orientación o disposición práctica. Tesoro no va a adentrarse tanto en el minucioso contenido de las teorías de la conspiración (por otra parte, tampoco tomado suficientemente en cuenta por los propios conspiranoicos). En primer lugar, hay, usando un concepto de Karl Popper, un verdadero problema de falsabilidad y de evidencia científica. Pero es que además resulta vano, ya que, como bien afirma, “el asentimiento serio o la convicción sobre el contenido de la conspiración no es un elemento fundamental a la hora de estudiar sus virtudes y carencias como mapa cognitivo” (p. 116). El problema no está en si tal relato es falsable o carente de evidencias empíricas. La teoría no se reduce al simple elemento epistemológico y científico. Lo realmente importante no es el simple contenido, sino su disposición práctica. Lo que importa es qué disposición práctica les permite asumir y qué representación del mal o de su opresión toman esos relatos. Y es que, tal como afirma, “el discurso conspirativo tiene menos que ver con el contenido de una creencia concreta que con la adquisición de una visión general del mundo intrínsecamente relacio-

nada con una disposición práctica, una orientación” (p. 125). Y es aquí donde está el problema, y es que la identificación de seres malignos a menudo inhumanos o inaccesibles dificultan la acción práctica y transformadora, como enfatizará el autor.

#### IV. Teología y gnosticismo

Si analizamos un poco más la naturaleza del discurso conspirativo, nos damos cuenta de que, en el fondo, no deja de ser una cierta filosofía de la historia moderna producto de la secularización de la teología cristiana, en la que el judío, los illuminati, o las élites globalistas “habrían tomado el lugar de los Dioses del Olimpo” (Taguieff, 2006, p. 14). Las ficciones conspirativas, como ya se ha dicho, tratan de encontrarle un sentido a la historia, a todos los acontecimientos y a todos los males. Tesoro va a definir la conspiración como una “teodicea” (p. 81), como una “teología dualista que condensa todo el mal del mundo en una instancia de la realidad no sólo bien determinada, sino determinada a partir de una racionalidad concreta que anula el azar, el caos y la ambigüedad” (p. 203). En esto las teorías de la conspiración pueden ser consideradas, a mi entender, como nuevos grandes relatos que han conseguido una forma de operatividad en una época de disolución de aquellos grandes relatos clásicos de la Modernidad y en una época en la que la realidad nos sigue resultando igual de insoportable, pero al mismo tiempo, más ininteligible. Sin embargo, como veremos al final, Tesoro muestra muy bien la diferencia radical que existiría entre unos y otros, reflejada en la crisis de la figuración política. Y es que en muchas de las teorías de la conspiración se percibe una falta de imaginación política y de potencial transformador. La salvación se efectuaría mediante el conocimiento, mediante la revelación, y no mediante la acción. El autor hace énfasis en ello, mostrando un paralelismo entre el conspiracionismo actual y el gnosticismo. La conspiración sería la batalla por el conocimiento y la información, en la que estos contendrían en sí una verdad explosiva que llevaría a la liberación. Como decíamos, esta idea tiene unas resonancias teológicas muy fuertes, como observa Tesoro, y es que recupera la idea gnóstica de que la caída original del hombre no se debe a un error moral, sino intelectual. Así, llegamos al “profundo corazón utópico de la lógica conspirativa: la verdad os hará libres” (p. 148). Se trata más de una salvación individual que colectiva, más moral que material.

#### V. Modernidad y crisis de la figuración política

Como se dijo al principio, uno de los objetivos de Tesoro es luchar contra esa inconsciencia e inoperancia de quienes se niegan a acatar la complejidad del mundo, escudándose en un ropaje ficticio, tranquilizador, impregnado de metanarrativas colapsistas, derrotistas, y creando monstruos para eludir tal complejidad. El autor trabaja siempre con una idea clave, y es la “pertinencia y dependencia de lo epistémico y lo práctico”, en la cual “sin una representación adecuada de las leyes que gobiernan nuestras vidas se hace imposible tomar un curso de acción con el objetivo de transformarlas” (p. 73). Creo que el autor, y me parece sumamente interesante, no trata de hacer una enmienda a la totalidad de la lógica conspirativa. Y no trata de hacerlo porque en el fondo, y si bien de manera equivocada y a menudo peligrosa, no deja de tener un sentido ciertamente comprometido, que es el de buscar una respuesta al mal, el de no conformarse con la realidad y con la interpretación que de esta recibimos. Como llega a afirmar el autor, cabe preguntarse “en qué sentidos puede ser productiva una cierta dosis de paranoia” (p. 17). El problema de atribuir de manera condescendiente a toda lógica conspirativa una visión patológica (como si la causa residiese siempre en la personalidad inestable y extravagante del sujeto) es que entiende el fenómeno como una simple ausencia de información, pero también refleja la impotencia ideológica y práctica de la sociedad actual, sumida en la risa, en la ironía y en la indiferencia. Esto está reflejado en lo que se conoce como la teoría de la contingencia, recogida por Tesoro. Esta misma se basaría en la idea de que el mal y el sufrimiento son frutos del azar, de la contingencia, y no de un sistema estructural del que hubiese que descubrir sus leyes y dueños para enmendar dicho mal. Esta visión tendería a considerar la totalidad social y política como armoniosa, presentando sus males como efectos perversos, involuntarios, que sin embargo son necesarios e inevitables en toda sociedad política. Creo que no es difícil ver en esto un cierto reflejo de la mentalidad individualista de la época, en la que se presentan las desigualdades y los males sociales como productos no intencionados ni determinados por un sistema estructural, sino que son atribuidos a las propias responsabilidades individuales o a efectos secundarios de un sistema por lo demás necesario y justo. Esta lógica, como afirma Tesoro, parece devolver una cierta dosis de racionalidad a los discursos representativos de la realidad social, pero no deja de tener, al igual que el exceso e irracionalismo de la conspiración, consecuencias perniciosas. Y es que, esta teoría esquivaría toda “responsabilidad moral, individual e incluso estructural, reduciendo las incorrecciones y desviaciones del sistema a daños colaterales” y congeniando por tanto “a la perfección con la ideología dominante de desafección, impotencia e incluso ironía” (p. 195-196). Asimismo, la lógica conspirativa consigue mantener (en apariencia) un espíritu crítico, mediante el cual se desconfía del oficialismo y de la imposición de una “verdad” por parte de las

instituciones gubernamentales, científicas, medios de comunicación, etc. La lógica conspirativa se mantendría en guardia ante esto, y sometería el discurso recibido a los parámetros de su relato particular y de su visión total. Finalmente, la lógica conspirativa tiene esa virtud “detectivesca”, de tirar del hilo, de renunciar a explicar los crímenes por la responsabilidad de una sola persona, sino de intentar percibir una estructura. Esa tendencia, esa desconfianza, esa “cierta dosis de paranoia”, puede ser productiva y puede ser incluso necesaria. Y es que, no hace falta ser un conspiranoico para intentar comprender los procesos sociales, políticos e históricos más allá de la simple apariencia de azar, contingencia y armonía. No hace falta ser conspiranoico para saber que, por encima de los individuos, median intereses, planes y programas concretos (es la política y la geopolítica de toda la vida). Es también el curso del capital, cuyas fuerzas abstractas determinan realmente muchos de los procesos históricos, no sin contradicciones. La lógica conspirativa, al no abarcar tales procesos en toda su complejidad, y al proceder mediante presupuestos metafísicos, monistas y acientíficos, no hace más que oscurecer sus explicaciones y por lo tanto entorpecer toda implicación en el curso de la transformación histórica. Podemos decir, usando la distinción de Gustavo Bueno entre mitos luminosos y oscuros, que los relatos conspiracionistas son sin duda mitos oscuros que niegan toda potencia epistémica y por tanto práctica.

Y es que, la retórica de la conspiración, en su intento de desenmascarar el mal del mundo, ha perdido lo que Koselleck consideró una de las condiciones primordiales de la Modernidad, que es “la esperanza como categoría central de la existencia humana” (Koselleck, 2012, p. 183). Dice Pepe Tesoro en su prefacio que, más que ante el fin de los grandes relatos, estaríamos en una época donde impregnarían los relatos de cosmovisiones catastrofistas, fatalistas y pesimistas en donde esa esperanza queda desvanecida. Estaríamos ante un horror cósmico pero paradójicamente tranquilizador, puesto que supondría una excusa para no pensar y para no actuar. Del mismo modo, el fatalismo y el universo orwelliano configurado por la gran mayoría de las ficciones conspiranoicas, así como su dimensión esotérica y gnóstica tratada anteriormente, revela un campo de acción en el que pareciera que ya no es posible la transformación colectiva y social.

Esto permite conectar la ficción conspirativa actual con la idea de temporalidad y de conciencia de la reflexividad que caracteriza a la modernidad. Volviendo a Koselleck, este la define mediante el criterio de la temporalidad: la modernidad es un tiempo nuevo, se expresa en una conciencia del descubrimiento del tiempo histórico como proceso, en la que el presente hace de mediador entre el espacio de experiencias y el horizonte de expectativas. El futuro cede así su condición de espacio temporal neutral y se percibe como emancipatorio. Este nuevo régimen de

temporalidad y esa conciencia del sujeto humano como sujeto de la historia determinaron la proliferación de los llamados *grandes relatos*, materializados en proyectos revolucionarios y transformadores. Sin embargo, este régimen de temporalidad se fue transformando en los años sesenta y setenta, y se volvió definitivo a partir del colapso de la URSS y de la victoria global del capitalismo, llevando a la imposibilidad de imaginarse un futuro mejor. El futuro ya no se ve como liberador sino desde la óptica de la catástrofe, del desastre, del colapso. Esto tiene su reverso, en el ámbito de la cultura, en la proliferación de las distopías. En este cambio en la historicidad y del régimen temporal, vuelven a surgir tipos de discursos que ofrecen una respuesta al problema del mal, al desorden mental y a la falta de comprensión del mundo, pero ofreciendo lecturas más negativas que emancipadoras, fruto de un tejido de la realidad que se aparece como completamente ininteligible y paranormal. Decíamos antes que las teorías de la conspiración no han reemplazado a los grandes relatos, sino que no deja de ser uno de ellos. Sin embargo, este gran relato, y fuera de su veracidad, ha perdido toda su carga emancipatoria y toda su carga temporal. Quizás es por ello que la ficción conspirativa está tan normalizada y fomentada. Y es que, afirma Tesoro: a día de hoy, “la figuración política es el ejercicio que nos demuestra que ninguna figuración política de la totalidad social es posible, y por tanto, que tampoco lo es la transformación de esa totalidad” (p. 209). El autor reivindica, ante esto, la necesidad de *cancelar* la cancelación del futuro operada por el capitalismo mediante un discurso emancipador y radical que devuelva la orientación práctica a los individuos. Porque, y con esto concluye Tesoro, “la verdadera conspiración es la que nos ha convencido de que no existe alternativa” (p. 212).

Pablo Castán Hussón

## Bibliografía

### Fuente primaria

- Tesoro, Pepe, *Los mismos malvados de siempre: Una teoría de las teorías de la conspiración*, Edición Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2024

### Fuentes secundarias:

- Chapoutot, Johann, *Le grand récit: Introduction à l'histoire de notre temps*, Presses Universitaires de France, 2021
- Gallo, Alejandro M., *Teorías de la conspiración: De la paranoia al genocidio*, Estudios Humanísticos. Filología 41 (2019). 217-243
- Koselleck, Reinhart, *Historia de los conceptos: Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Editorial Trotta, 2012
- López, Daniel, *Historia del globalismo. Una filosofía de la Historia del nuevo Orden Mundial*, Almuzara, 2022
- Taguieff, Pierre- André, *L'imaginaire du complot mondial*, Editions Mille et une nuits, France, 2006